

HERALDO DE MURCIA

Año II.—Número 414

Murcia 30 de Julio de 1899

Dos ediciones diarias

CASA DE CURACION MÉDICO-QUIRÚRGICA

San Patricio 1, principal

Consulta de 11 a 1 todos los días

SECCION DE MEDICINA

SECCION DE CIRUGIA

á cargo de

á cargo de

D. Laureano Albaladejo Don Agustín Ruiz

Seccion de afecciones de la matriz y vias urinarias

á cargo de

Don Emilio Meseguer

Gratis á los pobres que acrediten serlo.

NOTA. En esta casa de curacion hay estancias para los operados, se practican análisis químicos y micrográficos y embalsamientos fuera y dentro de la capital.

VINO DE MESA embotellado por el cosechero

Botella de 0.75 litros con casco. 0.55 ptas.

" " " " sin casco. 0.35 "

SERVICIO Á DOMICILIO

Depósito general y venta: Edo. Cascales, 9.

(ANTES JABONERIAS) ESQUINA Á LA PLAZA DE ROMEA

LAS CORTES

Las sesiones del Congreso se suspendieron ayer tarde con la fórmula «se avisará á domicilio».

Mañana quedarán cerradas las Cortes, hasta que pasados los rigores estivales, estas reanuden sus tareas.

La temporada parlamentaria deja tras de sí un beneficio para el país: el de no haberse aprobado los presupuestos de Villaverde, gracias á la plausible entereza de las minorías.

Esa obra funesta, que tantas protestas hubo de levantar en el país, queda aplazada hasta la nueva reunion de las Cortes.

Peró nada se habrá conseguido, si las minorías, que en este asunto han aparecido identificadas con la aspiracion unánime del pueblo, deponen su actitud, ceden de sus energías y consenten en que esa labor desdichada se lleve á vías de realizacion.

Es necesario que esos presupuestos que ahora no han pasado, no pasen después ni nunca; pues irremisiblemente hablan de traer aparejada la ruina del país.

Su no aprobacion, constituirá seguramente un vinculo entre el parlamento y la nacion, tan alejados desde hace tiempo y que han aproximado las recientes energías de las minorías, en las cuales deben estas á toda costa perseverar.

Entre tanto las tareas legislativas se reanudan, los miembros del gobierno deben dedicarse á descansar en las playas de sus trabajos regeneradores, que les han producido tanta popularidad y simpatías tantas en el país agradecido.

¡Con este calor!

Volvió la muchacha de la compra con la cesta vacía.

—Las tiendas—dijo—están cerradas, el mercado desierto; no he podido comprar ni un rábano. Ya se ve ¡con este calor!

—Pues no podemos pasarnos sin comer—exclamé alarmado.

—¿Y yo qué quiere usted que le haga?—me contestó la Menegilda con desabrimiento.

Me eché á la calle, y casi á la puerta de casa me encontré al aguador sentado en su cuba.

—¿No sube usted el agua?—le pregunté.

—No, señorita; heme declarado en huelga.

—Le daré una pesetilla.

—Ni por cinco durus subu con este calor los cinco pisus.

Se obstinó, y tuve que dejarle. Entré en una tahona, y pedí dos panecillos.

—Hoy no hay pan—me dijo el tahonero.

—¿Que no hay pan?

—No, señor. Nadie ha acudido al trabajo: ni mozos de pala, ni amasadores, ni hornos; ¡como hace tantísimo calor!

—¿Y qué vamos á comer los vecinos?

Se encorrió de hombros y replicó con desparpajo:

—Coman ustedes patatas.

Sali de la tahona algo consolado de mi mala ventura pensando que si fuese maldición terrible la de que cada cual comiera el pan con el sudor de su frente, aun hubiera sido más terrible maldición la de que le comiéramos con el sudor de la frente del panadero.

En medio de la calle, y entre un corro de regocijados espectadores, dos bracias se arrancaban arduamente los respectivos moños. Tenía la una desgarrada una oreja; y á la otra le manaba sangre por ambas mejillas. Quise evitar un desastre, y prorrumpí en el consabido grito:

—¡Guardias, guardias!

—Ya puede usted esforzar la voz si quiere que le oigan—me dijo con sorna un pilluelo.

—¿Tan lejos están?

—A estas horas deben estar remojándose en el Manzanarés, si es que no han salido ya del agua y están comiendo callos en el merendero del Bizco.

—¡Bonita manera de cumplir con su obligación!

—¿Y quién cumple con su obligación con el calor que hace?

Más lejos ardía una casa por los cuatro costados. Los vecinos arrojaban sus muebles por los balcones. Cada cual se salvaba y salvaba lo suyo como mejor podía. Allí no había autoridades, ni bombas, ni bomberos.

—¡Autoridades, bomberos, bombas!—exclamó un testigo á quien hice la observacion.—¡Cuál quiera se acerca á las llamas con el calor que hace!

Quise tomar un coche, y en mal hora desperté al cochero que dormitaba en el pescante.

—Al ministerio de Fomento—le dije.

—¡Sopla!—gritó;—pues no es floja solana la que hay hasta allí. Donde yo me voy ahora mismo es á la cochera.

—Entonces, ¿por qué tiene puesto usted el «se alquila»?

—Porque me da la gana.

—Es usted un insolente.

—Y usted un...

Aquello hubiera acabado mal á no haber hecho yo una apelacion á mi

prudencia y recurrido á la estrategia de la fuga.

Tenia que echar una carta, y entré en un estanco. La estancuera, mal encubiertas sus exuberancias, hallábase arrellanada en una mecedora, cabe un enorme botijo.

—No hay sellos—me dijo perentoriamente.

—¿Que no hay sellos?

—Como si no. ¿Qué adelantaria usted, hombre de Dios, con poner sello á sus cartas si no ha de haber empleados que las distribuyan, dependientes que las lleven á la estacion, maquinistas que conduzcan el tren correo, peatones que trasladen la correspondencia, ni carteros que la repartan? Es claro, ¡con este calor!

Sofocado y casi reducido al estado líquido llegué al fin al ministerio, donde tenía encargo de preguntar por un expediente. Un portero me atajó el paso.

—¿Dónde vá usted?

—Al negociado del Sr. Balduque.

—El Sr. Balduque está en Costona.

—Me entenderé con el auxiliar.

—El auxiliar se fué á Cercedilla.

—Preguntaré al escribiente.

—El escribiente saltó ayer para Miraflores.

—Entonces—dijo resignado—volveré otro día.

—Vuelva usted para el otoño, porque desde mañana estarán cerradas las puertas de este negociado.

—¿Cómo así?

—Pues sencillamente porque mañana temprano salgo con mi familia á veranear á Carabanchel de Abajo. Tambien yo soy hijo de Dios y siento el calor ni más ni menos que el ministro.

Al regresar al centro de la capital, sudoroso y jadeante, acerté á pasar por enfrente del templo angusto de la Representacion Nacional. Y entonces lo comprendí todo. Cuando los representantes abrumados por el exceso de la temperatura, se declaran en huelga patriótica, ¿qué han de hacer los representados? Después de todo, ninguno de esos infelices ha importunado á Dato para entrar en el encasillado, ni ostenta una alta investidura parlamentaria, ni tiene la estrecha responsabilidad de la gestion de los negocios colectivos, ni sustentan sobre sus robustos hombros la inmensa pesadumbre de la España que se desmorona. ¡Cuán perniciosos los malos ejemplos que proceden de las alturas! Viendo á los salvadores de la patria aplazar su obra de salvamento, para tiempo fresco, el pueblo entero bosteza, se estira y se tumba á la bartola.

—Tambien hacia calor—iba yo pensando;—tambien hacia calor en el estío de 1873. Los diputados de aquel tan calumniado Parlamento aguantaron no obstante heroicamente las caricias de Febo, congregados desde 1.º de Junio á 18 de Setiembre, realizando una ruda é ingrata labor. Y eso que ni contaban con el poderoso refrigerante que se llama D. Francisco Silvela; ni habian tenido un Pidal que les predicara elocuentemente el sacrificio para correr luego á sacrificarse á Mondáriz. Eran otros hombres y tenian para el martirio la vocacion que requieren las grandes causas. Porque á la verdad, mucho calor hace en Madrid, pero aun hacia mas calor en el brasero, donde, por salvar á su patria, quemó su diestra Mucio Scaebola.

Alfredo Calderon.

Desde Madrid

Sr. Director del HERALDO DE MURCIA.

LA RENDICION DE SANTIAGO

El lunes comenzará la vista pública ante el Consejo Supremo de Guerra y Marina de la causa formada con motivo de la capitulacion de Santiago de Cuba.

Compondrán el tribunal: su presidente el señor general Azórraga; los generales Gamarra, Castro, Jimenez Moreno, Lopez Cordón, Zappino, March, Muñoz Vargas, Martinez Illescas, Espinosa, Rocha; los togados señores Donoso de la Campa, Piquer y Urdangarin.

Llevará la acusacion el fiscal militar señor general Novoa, á cuyo parecer asiente el togado Sr. Tello.

El apuntamiento está hecho por el secretario relator del proceso señor D. José Daroca. Calcúlase que en su lectura se emplearán dos sesiones.

Las defensas, sobre todo las que están á cargo de los Sres. Suárez Inclán, Ibañez Marin, Peña y Donoso Cortés, emplearán por lo menos otras dos sesiones. Se calcula, pues, que la vista durará de cinco á seis días, y más en el caso de que hayan de examinarse algunos testigos.

El fiscal comprende al general Torral en el caso segundo del artículo 295 del Código de Justicia militar y pide para él la pena de reclusion militar perpétua.

Para el general Pareja pide una amonestacion por la redaccion de cierto documento y para los demás procesados la absolucion.

Segun «El Liberal» de hoy manifiesta, han de causar sensacion las defensas, así como la lectura de telegramas circulados entre la Presidencia del Consejo de Ministros, el ministerio de la Guerra y el capitán general de Cuba, en visperas de la capitulacion de Santiago.

EL GENERAL WEYLER

El marqués de Tenerife ha recibido numerosos telegramas de provincias suscritos por militares y hombres civiles felicitándole por su último discurso en el Senado.

En su domicilio particular tambien ha recibido numerosas felicitaciones, algunas muy significativas por la posicion de las personas que las expresan.

En el Senado y en el Congreso donde estuvo ayer tarde para despachar un asunto particular, el general fué objeto de verdaderas manifestaciones de simpatías.

LOPEZ DOMINGUEZ

Un redactor de «El Estado» ha celebrado una «interview» con el general Lopez Dominguez.

Preguntado por el periodista si no prestaría su apoyo á un gobierno demócrata en el que figurasen los señores Romero Robledo, Canalejas y Weyler, contestó sin vacilaciones el referido general:

—Al contrario... Pondría en ello todas mis fuerzas. Creo precisamente que eso es lo único, lo solo que podrá salvarnos.

Dicho periódico resume las impresiones de su visita en los siguientes párrafos:

«Esto nos dijo el general, á quien agradecemos muchísimo sus bondades y atenciones.

Ahora, por cuenta propia, en la contingencia de acertar ó de equivocarnos, la impresion que hemos sacado, más que por las palabras, por la actitud y la voz y el gesto de nuestro interlocutor, es la de que el general Lopez Dominguez irá á San Sebastian á hablar con la reina, á decirle que este gobierno nos lleva al precipicio, y á sostener que está de acuerdo con todos esos señores de la concentracion democrática.»

EL CONDE DE LAS ALMENAS

En breve saldrá para Granja (Portugal) el conde de las Almenas.

Ha dicho que no tiene el propósito de hacer obstruccion sistemática.

Con respecto á su cuestion con el director de «El Tiempo» ha manifestado que ni puede batirse con el director de aquel periódico ni con el redactor que escribió el suelto.

Quiere batirse el conde de las Almenas con el inspirador del artículo que él estima ofensivo.

El autor moral, segun el conde, es el señor Rancés, ex-director de «El Tiempo» y actualmente subsecretario de la presidencia.

DETALLES DE UN CRIMEN

Dicen de París que se reciben nuevos detalles del asesinato del presidente de la República dominicana.

El asesino disparó dos tiros de revolver contra aquél.

Una de las balas penetró en el corazón al presidente.

Indícase para suceder á éste á Juan Isidro Jimenez.

JUICIO DE «LE TEMPS»

«Le Temps» ocupándose del discurso de Weyler, califica de espectáculo sin nombre lo ocurrido en el Senado, y dice que guaceros que no supieron vencer, se muestran jactanciosos.

El Corresponsal.

23 Julio 99.

LOS PAJAROS

CUENTO

—(o)—

Unas palabras... El fiero orgullo... Estoy seguro de que los dos queríamos ceder, pero ninguno tuvimos el valor de la humildad, y terminaron nuestros amores.

Magdalena y yo nos separamos. Quedé sólo en mi casa, arrullado por un resto del calor de su cuerpo, de la luz de sus ojos.

¿Qué cosa tan bonita la alegría! Cuando se ve la vejez de duda de ella; cuando la poseemos no nos damos cuenta de tal felicidad. Apenas perdida Magdalena, todo lo que ella embellecía con su presencia, como con un reflejo de sus encantos, se me apareció pálido, triste, frío...

¿Qué hacer? ¿Llamarla, suplicarla?... Ante la perspectiva de no ser atendido no hay hombre que se humille. Por ver á Magdalena atravesar la puerta de mi gabinete hubiera hecho un verdadero sacrificio de dignidad... Pero ¿y si después de hecho el sacrificio, no se dignaba siquiera mirarme? No quise pensar más en reconciliacion y preferí hundirme en mi dolor, en mi soledad, mascando mi melancolia en un rincón.

Al caer de la tarde solía tenderme á leer en un diván. El sol poniente entraba por la ventana, rosándolo todo con un fulgor risueño y placido.

De la cercana habitacion venía un ruido de canturreo de pájaros, como una cascada de notas cristalianas, mezclado con el rumor de las alas inquietas.

Eran canarios holandeses, cardenales, degollados, una pareja de goiandras de Portugal con su plumaje de medio luto, otra de canarios del Japon, de un amarillo tenue, casi pálido. Mirando á esta pareja se adivinaba el cielo de turquesa de su patria, el cielo tranquilo y luminoso de Yamamoto. Y toda esta familia volátil producía una curiosidad eterna, un recreo regocijado, como en trágico loco, trayendo y llevando granos de alpiste, con su cantar brillante, sus retozos, sus coquetías, sus chapoteos en el agua; ya alegres, ya mansos, coléricos ó tristes. Eran un mundo aquellas jaulas.

Como desde el sitio donde me sentaba á leer se veía perfectamente á toda aquella familia, algunas veces se me caía el libro de las manos y quedaba en éxtasis ante aquel espectáculo de vida feliz.

No es esto una ridiculez. Es que aquel trágico de la jaula producía en mí una conmocion extraña, una sacudida de cierta cuerda delicada muy sensible, que la menor impresion hacia vibrar. Realmente este sentimentalismo, que los pájaros parecía producir en mí, era una consecuencia de mi estado de ánimo, un accesorio de mi melancolia. Y, no se por qué, empecé á envidiar á aquellos pájaros... Más tarde los oí... Sin duda porque se amaban.

Me sentía completamente inferior á ellos, que dominaban el espacio; que podían beber la luz del sol en una atmósfera pura... En una rama oculta, entre hojas verdes, hacen su nido y se aman en el misterio de la selva... «Se aman, se aman», concluía yo por repetir maquinalmente, con la obsesion de mi soledad, de mi amor perdido. Y ante aquella superioridad sobre mí, ante aquella alegría estruendosa, fresca, completa, mis ojos se humedecían y rompía á llorar.

Lágrimas singulares, nerviosas, contradas, que no me aliviaban. Sin duda no las producía la intensidad de mi dolor en una explosion desesperada... Producíanlas un «dijo hondo, una irritacion creciente, una cólera insana contra los pobres pájaros. Los detestaba porque eran felices.

Y se me ocurrió una idea brutal.

Aproximé á la dorada jaula un gran jaulón vacío, en el cual había venido mi pequeño mundo volátil y lo arreglé confortablemente. Después abrí la puerta de la jaula y metí la mano. Ante esta monstruosa aparicion, los pájaros volaron aterrados, golpeándose contra los hierros y cayendo en el fondo con los ojos húmedos, el plumaje en desorden, erizado, y las patitas temblorosas. Sus pechos palpaban ansiosamente y piaban con lastimeras inflexiones.

Me mano se extendió sobre ellos amenazante; busqué con la vista á las hembras, muy apretadas contra los machos en su espasmo de angustia y pavor. Después empecé á agitar los dedos en todas direcciones, insensible á los gritos, á los desesperados aleteos, sacando de la jaula á las hembras, que ya en la mano no se atrevían á respirar y temblaban débilmente. Al cabo de un rato de lucha cobarde contra los indefensos pájaros, la mitad de la familia estaba en el jaulón; en la jaula solo quedaron los machos.

Me quedé tranquilo después de estas respalías, de esta triste victoria; experimentando una voluptuosidad insana que hacia mirar á las dos jaulas con aire de vencedor.

Sali y pasé la tarde con mis amigos. Efectivamente, parecía haberse mitigado mi dolor... Acordándome de los pobres pájaros separados, no me acordaba de Magdalena ni de su amor.

